VIII

Dos años transcurrieron desde que Mauricio y el comisario de policía habían visitado á Folentin en casa de Giulietta. Rosa se había ido á América para reunirse con Evans y Raynaud. Instalada en Chiquito, en una linda casita junto al río, vivió muy tranquila y dichosa durante un año. Con interés asistía á los laudables esfuerzos que hacía Mauricio para ponerse al corriente de los negocios, y pasaba los días trabajando y leyendo en compañía de sus amigos. Nunca le había parecido tan agradable la existencia. El gran movimiento obrero que se producía á su alrededor, el entusiasmo de Mauricio para secundar á Evans y Raynaud en sus empresas, toda aquella actividad fecunda la apasionaba. Gozaba del grandioso espectáculo de la batalla industrial como verdadera entusiasta. Los días le habían parecido cortos como horas, y con asombro recordaba algunas veces el tedio antiguo, en el tiempo en que triunfaba y le envidiaban. Sus compañeros, sus amigos de otra época continuarían viviendo aburridos en su París decorativo y ficticio. ¡Desgraciados!

Inclinada en la barandilla de su balcón, mirando las extensiones cubiertas de verdura y el río color de oro de Chiquito, aspiraba deliciosamente el aire perfumado de las sabanas.

Evans había ido á visitarla de mañana, cosa contraria á sus costumbres, para decirle gravemente:

—Señora, vengo de parte de mi amigo Raynaud á preguntarle si quiere ser su mujer. Antes de dirigirnos á usted hemos escrito á los señores Prévinquieres pidiéndoles su consentimiento, que hemos recibido ayer. No falta más que su aprobación.

—Querido Evans, vine á instalarme junto á ustedes en América, lo que fué lo mismo que quemar las naves. Entonces no sabía si podría sacarle algún encanto á la vida. Hoy que la conozco, le aseguro que no puede ser ni más agradable ni más tranquila. ¿Me pregunta usted si la deseo así siempre? Sí, con todo mi corazón.

—Bueno; voy á darle su contestación á Raynaud, y haré cumplir las formalidades necesarias. Si no tiene inconveniente, la boda se celebrará aquí en Chiquito.

—¡Ojalá no tengamos que marcharnos nunca!

—Querida amiga, Valentín no puede seguir aquí. Es preciso que uno de nosotros se instale en Nueva York. Como no soy yo, soltero y viejo, quien puede hacer los honores de «Evans, Raynaud and Company», importa que los hagan

usted y su marido. Con este fin hemos comprado en la Quinta Avenida el palacio de Browesther.

—Pero Browesther es una de las mayores fortunas de América.

—Era. Este año han surgido algunas dificultades con los granos. Ha tenido que reducirse. Ese palacio, situado enfrente del de Astor, es nuestro. Usted vivirá en él desde el mes próximo. Volverá á ser la conquistadora de otro tiempo.

Rosa enrojeció y miró á su alrededor.

—Haré lo que ustedes quieran y me tendré por muy dichosa si logro complacerles. Con todo, más de una vez echaré de menos la encantadora sencillez de esta casa.

El americano tuvo un arranque de orgullo:

—La mujer de Valentín Raynaud debe estar instalada de otro modo que lo estuvo la baronesa de Rocher...

Evans se contuvo creyendo haber lastimado la sensibilidad de Rosa.

—Perdóneme—dijo sonriendo—, pero nuestra razón social exige mucho aparato. Es preciso colocar muy alta la bandera para que se vea. Usted será la encargada de representar nuestra casa, gastando lo que nosotros nos encargaremos de pagar.

—Vamos—dijo Rosa con cierta melancolía—, veo que es muy difícil librarse del destino. Decididamente he venido al mundo para gastar

dinero á manos llenas. Antes lo hice por gusto, ahora lo haré por deber.

—Lo hará usted con gusto exquisito y suprema elegancia, que es lo importante.

Acababan de almorzar en el palacio de la Quinta Avenida, Rosa y Raynaud, cuando la puerta del comedor se abrió para dar paso á Mauricio vestido de viaje. Rosa se levantó precipitadamente para abrazar á su hermano, y Raynaud le señaló un cubierto que estaba preparado.

—Ya ves que contábamos contigo.

—Muchas gracias, he comido en el tren.

—¿Vienes con Evans?

—Sí, pero se ha detenido un momento en el Banco Internacional para depositar valores.

—¿Ha realizado los aceros?

—Ganando siete millones de *dollars* que ha invertido en acciones del Transcontinental. Será preciso obtener las concesiones que nos hacen falta.

—¿Y el *oil*?

—El *oil*, muy bien. Se han hecho tres nuevos pozos, y el tren cisterna no basta. Tendremos que encargar otro.

—Lo construiremos nosotros mismos. El asunto Pullmann está terminado.

—¡Bravo!

Mauricio adoptó aire de hombre importante, y de uno de los bolsilllos de su americana sacó un paquetito de piel que colocó sobre la mesa frente á su hermana.

—Querida, este es un tributo que la *Rubalia* ofrece á la señora de Raynaud como á una soberana.

Ante los dos hombres que sonreían, Rosa abrió el paquete y pudo ver la más hermosa colección de rubíes que en una sola mano se han podido reunir. Eran grandes como granos de maíz, de color de sangre, absolutamente iguales y del mismo peso.

—Es una maravilla—dijo la joven.

—En el mundo no existirá joya semejante. Será única. Hormestein de San Francisco, que ha visto estos rubíes, no se ha atrevido á tasarlos. Asegura que, vendiéndolos separadamente y por quilates, se sacarían algunos millones.

—¿Qué voy á hacer con estas piedras?—preguntó Rosa confundida.

—Querida—, dijo Valentín—, las harás montar y las llevarás para darnos gusto.

Una nube pasó por la frente de Rosa. Siempre que su marido se entregaba á estas prodigalidades, el recuerdo del jardincito de la fábrica de Beaumont acudía á su memoria, y con gran amargura comparaba la conducta de Raynaud con la suya. ¡Cómo se había vengado de ella el antiguo director de la fábrica de su padre, y

cómo se hacía dueño por su misma superioridad y sin el menor átomo de orgullo! Rosa le miró con aquellas miradas en que se recordaban todo su pasado de tristezas y de errores, con la satisfacción de haber reparado unas y otros. Raynaud, sonriendo, le tendió la mano. En aquel momento entraba Evans.

—¿Están mirando estas piedrecitas?—dijo besando á Rosa en la frente.—¿Dicen que químicamente pueden fabricarse iguales? Estas son hermosas, ¿verdad? Tengo una noticia que daros. El marqués de Condottier está en Nueva York.

—¡Ah!—dijo Rosa haciendo una mueca de desagrado.—¿Qué viene á hacer aquí?

—Lo he sabido hace un momento.

—¿En dónde?—preguntó Mauricio.

—En casa de Standish, el director de *La Internacional*. Iba á depositar los valores y esperaba la factura, cuando me dijo: A propósito, pregunte á Raynaud si conoce á un caballero francés que está aquí ahora y que se llama marqués de Condottier. Deseamos tener informes suyos.

—¿Con qué objeto?

—Viene á casarse; ha pleiteado con la hija de Green, de la casa Sparklet y Green. Green, como usted sabe, supone cien millones de dollars, y quiere saber lo que por su parte vale el marqués de Condottier.

—Le conozco, pero sin embargo, Raynaud le conoce mejor que yo.

—¿Quiere usted decirle que hable á Green? De lo que le diga dependerá la respuesta que dé á ese joven.

—Pues bien, veré á Raynaud en seguida. Con que apriete un poco la mano, destruye la combinación de Condottier.

Reinó un momento de silencio. Todos pensaban. Al cabo de un instante Raynaud dijo:

—Sentiría en el alma perjudicar á Condottier. Pero tampoco quisiera engañar á Green.

—Querido—, dijo Mauricio—, no te preocupes por Green. Le hace falta un hombre como ese. Si no es el Marqués será otro parecido. Quiere ser gran señora en París. Lo que se desea saber es si el marqués de Condottier pertenece en efecto al gran mundo.

—¿Me veré obligado á hablar bien de él?—dijo alegremente Raynaud.

Rosa hizo un gesto, y todas las miradas se fijaron en ella. Entonces, con gracia altanera que recordaba la conquistadora de otras veces, dijo:

—¿Le guardas rencor? Por mi parte, declaro que me considero su deudora. Es la primera vez que hablamos de él, después de dos años. No olvidemos que sin querer fué el agente de nuestra dicha. Los sabios llamáis reactivos á las substancias que determinan la transformación química de los cuerpos. Pues bien, en lo que á nosotros se refiere, Condottier fué un reactivo irresistible. Él determinó los acontecimientos

que me hicieron comprender que había equivocado el camino de mi vida, y que me ayudaron á encontrar el bueno.

—Sí; seamos justos y reconocidos. Me dió á Rosa con el máximum de lo que podía esperar. La cantidad del bien recibido es infinitamente superior á la del mal. Por lo tanto, debemos alegrarnos, y como ella dice muy bien, no guardar rencor á Condottier. Veamos, querida... ¿te quería de veras?

Rosa movió la cabeza:

—No lo sé. Lo parecía, pero como en la vida se encuentran cómicos tan grandes... Era un hombre que odiaba. .

—A Folentin—dijo Mauricio viendo que su hermana vacilaba para pronunciar este nombre.

—Sí, con toda su alma. Lo que más le importaba era vengarse de él.

—Y lo ha conseguido. El brillante barón de Rocher está enterrado. Solo queda un pálido Fofol que vive entre una bailarina avara, y la madre de la bailarina una mujer con toda la barba.

—Bueno, Evans. Diga usted á Green que se dirija á mí para informarse del marqués de Condottier.

—Perfectamente—dijo Evans—haremos coincidir la época de la boda con un viaje á Francia, porque tal vez sería demasiado pedir que fuéseis á la boda.

—Tanto más—añadió Mauricio riendo—que sería preciso hacer un regalito...

—Y por cierto—replicó Raynaud—tengo un pedazo de plomo en mi cajón con el que el marqués de Condottier me gratificó una mañana. Haciéndolo rodear de brillantes, sería un recuerdo curioso.

—No, consérvalo—dijo Rosa.—Precisamente ese pedacito de plomo, en el momento en que nuestro destino estaba incierto, hizo inclinar la balanza por el lado bueno.

Agosto 1904, Boix-la-Croix.